

sacralització. Per sota —segon nivell— hi havia els interessos econòmics. Cal saber-ho llegir en aquests dos nivells. Evidentment, Sr. Hillgarth, ho varen fer tots dos. L'arrogància de Roger de Llúria dient al comte de Foix que «els peixos no gosaven travessar la mar sense lluir les barres» i el somriure del comte, no ha de ser, tal com sosté vostè, un exemple per als historiadors moderns —el somriure, em refereixo. Evidentment, Sr. Hillgarth, no cal emprar un terme com *Imperialisme* per a descriure una època tan diferent al segle XIX. Catalunya-Aragó-Mallorca-Sicília i Sardenya no formen un Imperi català perquè fins a Martí I no podem parlar de regnes units. I estem d'acord, amb respecte, que uns anaven obrint pas i els altres progressaven en el seu comerç. Els interessos eren diferents. I caldria fer, potser, una lectura més acurada dels dos nivells: el dinàstic i l'econòmic, que no crec, Sr. Hillgarth, que en aquest fet d'expansió anessin tan junts.

Maria Pont

Maurice KEEN, *Chivalry*, Yale University Press. New Haven and London, 1984, 303 pp.

Con libros como el presente *Chivalry* de Maurice Keen —actualmente profesor del Balliol, College de Oxford, y autor entre otros de un magnífico estudio sobre *The Outlaws of Medieval Legend* (1961)— podemos ir ya desechando aquella instauración metodológica que fundamentó el saber histórico en principios exclusivamente materiales. La parcialidad del conocimiento del pasado impuesta por estos principios originó un largo movimiento de rectificación que culmina en obras como la aquí comentada. Sean cuales sean las dificultades que el historiador encuentre para realizar estudios sobre el campo imaginario de las sociedades medievales, es evidente que el rigor intrínseco de nuestra disciplina exige volver sobre temas olvidados en los últimos años y cuyo conocimiento permanecía aún según lo dejasen las últimas producciones de la *Kulturgeschichte*. Así es en el caso de la caballería medieval. No es este el lugar, ni quizá el momento, para examinar a fondo las razones por las que medievalistas de diversos países (aunque por desgracia con poca presencia española en esta labor) han integrado el estudio del fenómeno caballeresco en un sistema histórico plenamente enriquecido y riguroso. Las exigencias de la problemática de nuestra época exige una vuelta a plantear los grandes temas de la historiografía finisecular, y, en esta renovación, la caballería se advierte como una pieza de singular importancia. Aca-

so la razón de todo esto radique en el mantenimiento de una exigencia histórica, no malograda aún por las modas del momento y esa peculiar tentación a olvidar campos de análisis difíciles y comprometidos con los ritmos de la alta cultura. Pero las exigencias históricas de nuestro tiempo —que son los años ochenta del siglo xx— exigen, incluso en términos dialécticos, un replanteamiento de estos temas, herencia difícil y compleja del pasado. En tiempos de Leon Gautier, hace cien años, o más adelante de Johan Huizinga (y sólo cito a dos pilares de los estudios modernos sobre la caballería), no se llegó a prescindir definitivamente de la ontología kantiana a la hora de analizar estos temas. Era algo natural, acorde con las exigencias intelectuales de su época. No se trata de renunciar a estos temas, ni rendirse al legado pensando en la imposibilidad de realizar cosas nuevas o renovadoras, sino que, por el contrario, es necesario idear una técnica de análisis con la que recalcar al máximo ciertos centros de intensidad o estrictamente lo inesperado como ha hecho John Cage con su música, Akira Kurosawa con su cine o Georges Duby con la reflexión histórica.

La labor de renovación ha sido llevada a cabo en los últimos años y con buenos resultados. El libro de Maurice Keen es un ejemplo magnífico de ello. *Chivalry* —cuyos primeros resultados fueron presentados en el Trinity College de Dublin— no nace aisladamente, sino inmerso en un *compromiso intelectual de gran alcance*. El cambio de base del estudio de la caballería, caracterizado en una mejor y más exacta lectura de los textos de la época, resulta de antemano más prometedor; prevee mayor solidez para el conocimiento histórico que esas apodidácticas nuevas teorías sobre el pasado al servicio de nuestro incierto presente y sometidas a unas filosofías darwinistas, más o menos explícitas, que sitúan en primer plano el progreso social. Parece que, por fin, el historiador se sacude el lastre de extrañas presiones ideológicas y se orienta a estudiar el pasado tal como fue, en su realidad más palpable. En suma, el fundamento actual de estos trabajos apenas comenzados, pero que en esencia constituyen el fondo de una renovación radical de nuestra disciplina, consiste en valorar el pasado de acuerdo con los sistemas regitivos de entonces y no con tibios deseos de regeneración de ese pasado según queremos que sea.

El libro de Maurice Keen sobre la caballería de los siglos xi al xv es el resultado de una soberbia apreciación de este hecho, junto a la certidumbre moral que el mundo anglosajón ofrece a todo trabajo de investigación basado en un esfuerzo por matizar y ponderar los problemas. Estas nevaduras intelectuales, que forjan un hábito de la mente totalmente ausente en la «provincia» desde donde redacto este informe, resultan definitivas para encarar un tema tan difícil como el de la caballería. *Chivalry* es un libro de síntesis, pues condensa todo lo que se sabe sobre este asunto, a la vez que proyecta numerosos interrogantes para afrontarlos

en futuras investigaciones. De suerte que a partir de él se pueden acometer seriamente, de una vez por todas, muchos aspectos ahora marginados del conocimiento de esa realidad imaginaria que era la caballería en la Edad Media.

Nos encontramos ante trece capítulos (un prólogo y una conclusión) apretados y sólidamente informados, tanto en bibliografía como en textos de la época, que conforman el libro. La operación parte de criterios de análisis procesual, que me sugiere la división del libro en dos grandes conjuntos o partes. En el primero de ellos (que correspondería a los capítulos II al VII, pp. 18-125) se precisa la formación de la caballería en los siglos XI y XII. Ideal y *Wirklichkeit*, ambos conjugados social y culturalmente para definir una nueva dimensión de la aristocracia europea. Keen pasa revista a los aspectos puramente técnicos (armamento, táctica militar, etc.), circunstanciales (presencia de las Cruzadas, cristianización de la función guerrera), rituales (aparición y desarrollo de la ceremonia de la investidura), de configuración social (en un magnífico capítulo sobre el origen y difusión de los torneos), ideológicos (con la gran eclosión de una «mitología» del mundo caballeresco en la literatura de los siglos XII y XIII) y finalmente de representación (con un severo análisis de la heráldica y los signos de reconocimiento como grupo particular). Una conclusión importante se deduce de este esfuerzo de análisis, la imagen de la caballería, ligada al espacio de la corte y al servicio de los príncipes, se articula entre 1170 y 1190 cuando el gran Chrétien de Troyes escribe sus más importantes novelas de ambiente artúrico. Estoy completamente de acuerdo con esta conclusión. ¿Pero cómo no estarlo si he dedicado un libro de más de seiscientas páginas a ponerlo en evidencia? Esta imagen de la caballería tiende a ser ideal pues queda marcada en los textos literarios; pero también aspira a ser una ética de la subjetividad (para emplear este bello concepto de Michel Foucault), pues aparece en las autobiografías de los grandes señores de la época: Arnaldo de Ardres y Guillermo el Mariscal, cuyas vidas fueron trazadas por entonces por «historiadores» de profesión al servicio de sus casas y linajes.

La segunda parte de este libro, tal como la observo (cap. VIII al XII, pp. 143-219), es un análisis detenido de las relaciones que existe entre la caballería y 1) La idea de la nobleza. 2) El sentido del honor. 3) La institución de esta imagen, las órdenes de caballería. 4) Las clasificaciones públicas. 5) La función social, especialmente importante en el ejercicio militar y guerrero en los siglos XIV y XV. Keen pasa revista a todos estos aspectos con sumo cuidado hasta el punto de que se permite una conclusión importante. Sería algo así: cuanto más comprendemos la integración de la caballería en el cuerpo social de la Edad Media y cuanto más se coordina en una jerarquía de responsabilidades, más diferenciación y relieve adquieren las categorías del sistema cultural que existe detrás de la caballería. La sociedad medieval, configurada alrededor de la caballería,

imponía serias dificultades para aceptar de una forma absoluta y radical los planteamientos surgidos de este movimiento imaginario. La aristocracia se convenció del importante rol cultural y social que podía jugar si se convertía a los principios caballerescos. De ahí que el hecho mismo de la caballería durante los siglos XI al XV —y para retomar otra de las conclusiones de esta obra— es uno de los principales puntos de apoyo para comprender el movimiento dialéctico de la sociedad medieval, hasta el punto de que, sin atender al problema de la caballería, el conocimiento resultante de esta sociedad es parcial, e incluso arbitrario. Cuando no nulo.

Lectura apasionante: *Chivalry* de Keen es una obra imprescindible y necesaria para cualquier medievalista. Es preciso convencerse de que sin comprender los enunciados expuestos en este libro, el conocimiento de la Edad Media queda absolutamente tibio. Los logros son admirables. Por eso la crítica debe insistir más en el perfeccionamiento del esquema que en su posible suplantación. Por mi parte, después de reflexionar sobre la serie de apostillas críticas que pueden hacerse en un momento u otro, he preferido destacar una tan sólo como muestra de este ejercicio, que en modo alguno cuestiona la solidez y maestría del libro, sino que se sugiere como vía de una posible y más esclarecedora dimensión del mundo de la caballería medieval. Me centraré en la cuestión suscitada por Keen (pp. 23 y ss.) entre la aparición de la caballería y las transformaciones en la táctica y la técnica militar. En este caso concreto aparecen ciertas sombras de una datación insegura de las fuentes iconográficas y la aceptación sin excesiva pulcritud crítica de algunas teorías muy generalizadas pero poco exactas (como las de Lynn White jr.), que conducen a Keen a algunos errores de apreciación. Un ejemplo: fechar la aparición del *choque* a mediados de la sexta o séptima década del siglo XI, desligado completamente de los grandes cambios sociales y culturales que forjan la caballería, con los simples argumentos de una iconografía dudosa (el Tapiz de Bayeux) junto a las originales, pero poco precisas tesis de Ross sobre la lectura del *Roland* de Oxford, es una tarea poco cautelosa. Keen no sale beneficiado de este deslizamiento hacia una datación alta de la aparición del choque. Creo que es más justo creerlo un producto de los grandes cambios sociales, culturales y militares de mediados del siglo XII: el dintel de Angulema sería la primera prueba iconográfica indudable de ello, y el *Girart de Rousillon*, el primer cantar de gesta donde aparece también con claridad. (Ambas obras situadas entre 1150-1160 en ese ambiente que desencadenará la literatura de evasión y que forjará en muy poco tiempo la imagen de la caballería, en Juan de Salisbury, el *roman* antiguo, en Benoit, en Chrétien de Troyes).

*Chivalry* de Maurice Keen es un libro que abre nuestros horizontes y libera muchas sombras en el campo del medievalismo; por eso, y debido a su erudición, solidez y capacidad analítica, manda una vibrante aura

de renovación a nuestra disciplina. Un aire que tonifica, pues la imaginación valerosa corre a raudales en cada una de sus páginas, sin excesos, con cautela, pero con decisión.

J.E. Ruiz Doménech

Mario MANCINI, *La Gaia scienza dei Trovatori*, Parma, Pratiche Editrice, 1984, 155 pp.

Persuadido de que Mario Mancini está en el umbral de conseguir una novedosa lectura del fenómeno literario que conocemos como movimiento trovadoresco, me voy a permitir señalar algunos puntos importantes de esa futura construcción presentes en este breve y a la vez estimulante ensayo publicado en Parma. En realidad, el libro que ahora comento consta de cuatro trabajos publicados con anterioridad en revistas de difícil localización, y forma en su conjunto un modo de acceder al problema del arduo y engañoso mundo de la lírica provenzal a partir de una revisión metodológica e historiográfica de la actual situación existencial —social, cultural, ideológica y política— del medievalista.

Formado en Alemania con Erich Köhler, los presupuestos básicos, fundamentales, de inspiración marxista, se van lentamente saturando de otros elementos teóricos más vivificantes, más llenos de rigor para el estudio de la literatura medieval; más acordes, en definitiva, con lo que pudo haber sido esa agitación «subversiva» de la lírica del sur de Francia. Es natural que en la revisión parta de comprender los caminos de un pensamiento que conscientemente se asentó en una crítica a la «Crítica» de Kant. Primero Stendhal, en 1822; luego Nietzsche; más tarde, Barthes, Lacan e Irigaray (a los que dedica el primer capítulo, pp. 9-33). La cuestión permite relanzar el problema y situar el fenómeno del amor cortés (de la *fin amor*, para ser más exactos) ligado a la presencia nueva y compleja, por lo ambigua, de la mujer: «Dall'XI al XII secolo. La donna cambia il suo stato, oppure il processo di innalzamento e adorazione vuole solo occultare o placare —esaltare la vittima per cancellare il senso di colpa— l'inferiorità reale e sociale della donna, dato ineliminabile e ineliminabile in una società feudale e virile?» (p. 15). Este era en verdad el buen camino. ¿Qué oculta en realidad ese deseo (lo que en el siglo XII se llamaba amor, como ha demostrado Georges Duby en la conferencia en The Zaharoff Lecture) hacia la mujer? El Seminario XX de Lacan da entrada triunfalmente, dice Mancini, al tema de la *dama*, de la mujer en